

La divisa de estos filósofos es: «El que posee, es poseído»; y esto, repito, no por virtud, no por frugalidad meritoria, sino porque lo exige imperiosamente su soberano dueño; este dueño que no piensa más que en una cosa, para la cual economiza fuerza, tiempo, amor é interés. Esta especie de hombres no quiere ser turbada por amistades y enemistades. Olvida y desprecia con facilidad; paréceles de mal gusto hacer el papel de mártir, «sufrir por la verdad»; dejan eso á los ambiciosos y á los comediantes del espíritu; ellos obran por la verdad. Son económicos de palabras retumbantes; hasta la palabra verdad les desagrada, les parece ampulosa... En lo que concierne á la castidad, es evidente que la fecundidad de los filósofos se manifiesta de otro modo que por la procreación; y también de otro modo la continuación de su nombre después de la muerte, su pequeña inmortalidad (en la antigua India se expresaban los filósofos con más inmodestia: «¿para qué quiere hijos aquel cuya alma es el mundo?»). No hay aquí escrúpulo ascético ni odio á los sentidos, como no lo hay en un atleta ó en un *jockey* que se abstienen de las mujeres; es que así lo exige, á lo menos en la época de la gran incubación, su instinto dominante. Todo artista sabe cuán perjudicial es el comercio con la mujer en los días de gran tensión de espíritu y de preocupación intelectual; y para los más poderosos é instintivos no es necesaria la experiencia, la dura experiencia; el instinto «maternal» dispone aquí de todas las fuerzas, las *absorbe*. De este modo, puede ya interpretarse el caso de Schopenhauer; evidentemente, el aspecto de la belleza obraba en él como estimulante de su *fuerza principal* (la fuerza de reflexión y de penetración) y esta fuerza se hacía dueña de la conciencia. Esto no excluye en ab-

soluto la posibilidad de que la dulzura estética tenga su origen en el ingrediente «sensualidad» (de donde procede también el idealismo de las jóvenes solteras). Quizá la sensualidad no es suprimida en la emoción estética, como pensaba Schopenhauer, sino solamente transfigurada de modo que no aparece á la conciencia como excitación sexual. (En otra ocasión volveré sobre esto, al hablar de problemas todavía más delicados que entran en el oscuro dominio de la *Fisiología de la estética*.)

9. Cierta ascetismo, cierta renuncia radical y serena, favorece, según hemos visto, al desarrollo de una espiritualidad superior, y es también una de las consecuencias más naturales de esta espiritualidad; no es de maravillar, por tanto, que los filósofos miraran con tan buenos ojos el ideal ascético. Y si hacemos un serio examen histórico, veremos que entre el ideal ascético y la filosofía hay un lazo todavía más fuerte. Podría decirse que el ascetismo ha servido de andadores á la filosofía: ¡ved cómo va tropezando y cayendo este niño débil y tímido de piernas torcidas! En sus comienzos, la filosofía fué como todas las cosas; no tenía el valor de sí misma y miraba en derredor buscando quien la ayudase. Pasemos revista á los instintos y virtudes del filósofo, instinto de duda, de negación, de espectación, analítico, aventurero, investigador, experimentador, comparativo, compensador, de imparcialidad, objetivo, *sine ira et studio*, ¿no fué esto por mucho tiempo contrario á todas las exigencias de la moral y de la conciencia? (para no hablar de la razón que Lutero llamaba «*mujer astuta*»). ¿No es evidente que todo filósofo, al tener conciencia de sí mismo, sentiría en sí el «*nitimur in vetitum*» encarnado y querría evi-



tar su propia conciencia?... Lo mismo acontece con todas las cosas que nos llenan de orgullo; aun apreciándolas con medidas modernas, con medidas griegas, aparecen como algo híbrido é impío; y precisamente las cosas opuestas eran las que antes tenían en su favor la conciencia y á Dios por guarda. Toda nuestra actual posición respecto de la naturaleza es híbrida. Híbrida es la violencia que hacemos á la naturaleza por medio de nuestras máquinas y de la inventiva de nuestros ingenieros y técnicos; híbrida es nuestra posición respecto de Dios, de esta telaraña de imperativo y de finalidad que se oculta detrás de la gran tela, detrás de la causalidad (podríamos decir como Carlos el Temerario en lucha con Luis XI: «*Combato la universal telaraña*»); híbrida es nuestra posición respecto de nosotros mismos, porque en nosotros hacemos experiencias que no osaríamos hacer en ningún animal, y seccionamos nuestra alma con satisfacción y curiosidad: ¡qué nos importa la salud de nuestra alma! Luégo nos curamos: la enfermedad es instructiva, más que la salud; los *inoculadores* de enfermedades nos parecen hoy más útiles que los médicos ó «salvadores». Nos hacemos violencia á nosotros mismos, nosotros, cascanueces, problemas planteadores de problemas, como si la vida no consintiera más que en cascar nueces. Y cada día seremos más dignos de ser interrogados, más dignos de interrogar, más dignos de vivir...

Todas las cosas buenas fueron en otro tiempo malas; todo pecado original vino á ser virtud original. El matrimonio, por ejemplo, era tenido como un atentado contra la sociedad; y se pagaba una multa por haber tenido la imprudencia de apropiarse una mujer (todavía hoy en Cambodge, el sacerdote, guardián de

las viejas costumbres, conserva el *jus primae noctis*). Los sentimientos dulces, benévolos, conciliadores, compasivos, que más tarde vinieron á ser los «valores por excelencia», por mucho tiempo se atraían el desprecio y se avergonzaba uno de la dulzura como ahora de la dureza (cf. *Más allá del Bien y del Mal*, af. 260). La sumisión al derecho; ¡ah! ¡qué revolución de conciencia en todas las razas aristocráticas, cuando hubieron de renunciar á la venganza para someterse al derecho! El «derecho» fué por mucho tiempo un «*vetitum*», una innovación, un crimen; fué instituido con violencia y oprobio. Cada paso que dió el hombre sobre la tierra, le ha costado muchos suplicios intelectuales y corporales; todo paso adelante y atrás, todo movimiento y cambio, tuvo innumerables mártires; por extraño que nos parezca hoy esto, ya lo demostré en *Aurora*, af. 18. «Nada costó más caro que esta miaja de razón y de libertad que hoy nos envanece.» Esta misma vanidad nos impide considerar los períodos inmensos de la «moralización de las costumbres» que precedieron á la historia universal y fueron la verdadera historia, la historia capital y decisiva que fijó el carácter de la humanidad. Entonces el dolor pasaba por virtud, la crueldad por virtud, el disimulo por virtud, la venganza por virtud, la renuncia de la razón por virtud; y el bienestar pasaba por peligro, el deseo de saber por peligro, la paz por peligro, la guerra por peligro, la compasión por peligro, la misericordia por oprobio, el trabajo por vergüenza, la demencia por cosa divina, la conversión por inmoralidad y la corrupción por excelencia.»

10. En la misma obra (af. 12) expliqué, en medio



de cuánto oprobio hubo de vivir la antigua raza de hombres contemplativos, despreciada por lo mismo que no era temida. La contemplación hubo de aparecer disimulada, con aspecto equívoco, con mal corazón y con miedo en el semblante. Lo que había de inactivo, de soñador y de pusilánime en los instintos de estos hombres, tuvo que rodearlos de una atmósfera de desconfianza, de la cual no podían librarse, sino inspirando miedo. En esto se pintaban solos los viejos Brahmanes. Estos antiguos filósofos sabían dar á su existencia, á su aspecto exterior, un fondo que los hacía temibles. Si los miramos de cerca, veremos que también ellos necesitan de sostén y de miedo, respecto de sí mismos: tenían miedo de su propia filosofía. Como hombres de épocas terribles, recurrieron á medios terribles; la crueldad contra sí mismos, la mortificación más ingeniosa, fueron los principales medios que emplearon estos ermitaños sedientos de poder, estos innovadores espirituales, cuando tuvieron que comenzar por hacer violencia en su interior á los dioses y á la tradición, por convencerse ellos mismos de su innovación. Recordaré aquí la célebre historia del rey Visvamitra, que aprendió en sus torturas de mil años tal confianza en sí mismo, que emprendió la construcción de un *nuevo cielo*: este es el terrible símbolo del destino de todo filósofo sobre la tierra; todo el que construye «nuevo cielo» halló la fuerza en su *propio infierno*... Resumamos los hechos en breves fórmulas: el espíritu filosófico tuvo que comenzar siempre por enmascararse con los tipos del hombre contemplativo precedentemente formados, ó sea con los tipos del sacerdote, del adivino y del hombre religioso en general: esto, sólo para ser posible; mas para representar su ideal, necesitaba el filósofo *creer* en el ideal as-

cético. Este carácter del filósofo que le aleja del mundo y le hace hostil á la vida, incrédulo, austero, es una consecuencia de las condiciones indispensables al nacimiento y al desarrollo de la filosofía, enmascarada bajo el ascetismo. Y para expresarme de una manera más concreta, y que salta á la vista: el sacerdote ascético se ha mostrado bajo la forma más repugnante y tenebrosa, bajo la forma de oruga, y en esta forma tuvo que comenzar el filósofo... ¿Se ha verificado ya la metamorfosis? ¿Salió ya la mariposa de mil colores y ha venido á otro mundo á bañarse de sol? ¿Hay hoy bastante fiereza, audacia, bravura, conciencia, voluntad, responsabilidad y libre albedrío sobre la tierra, para que en adelante el «filósofo» *sea posible*?

11. Ahora que nos las habemos con el *sacerdote ascético*, es cuando abordamos en serio nuestro problema. ¿Cuál es la finalidad del ideal ascético? Ahora es cuando tenemos ante la vista los verdaderos *representantes del espíritu serio*. «¿Cuál es la finalidad de todo lo serio?» Esta cuestión es todavía más fundamental; pero se la dejamos á los fisiólogos; nosotros pasaremos de ligero. El sacerdote sacó de su ideal ascético no sólo su fe, mas también su voluntad, su poder, su interés. Su derecho á la vida, existe y desaparece con este ideal: no es, pues, de maravillar que nos las hayamos con un terrible adversario del mismo. El sacerdote ascético es un hombre interesado: no es el más á propósito para defender su ideal, por lo mismo que la mujer fracasa cuando quiere defender sus derechos. Tendremos, pues, que ayudarle á defenderse; no temerle. El punto cardinal de esta cuestión es cómo los sacerdotes ascéticos aprecian la vida (y todo lo que á ella se refiere «naturaleza», «mundo»,



toda la esfera del *werden*); ellos la ponen en relación con otra vida diferente; para conseguir ésta, es menester que aquélla se niegue á sí misma: tal es el fundamento del ascetismo. Para el asceta, esta vida es un camino por el desierto; se llega al mismo punto de donde se parte; el nacer es una equivocación que se refuta con las «obras». ¿Qué significa esto? Tan monstruosa manera de apreciar la vida no es un caso excepcional en la historia de la humanidad; es un hecho de los más generales y más persistentes. Leídas desde un planeta lejano las letras mayúsculas de nuestra existencia terrestre, quizá nos llevarían á la conclusión de que la tierra es el verdadero *planeta ascético*, un rincón de criaturas descontentas, arrogantes y repugnantes, hastiadas de sí mismas, del mundo y de la existencia. Obsérvese que el asceta aparece en todos los tiempos y en todos los países y en todos los rangos sociales. Y no es que transmita por herencia su carácter, sino que, por el contrario, un profundo interés le impide, generalmente, propagarse.

Hay, pues, alguna necesidad de orden superior que da origen á esta especie enemiga de la vida, hay en la *vida misma* algún interés de no dejar perecer este tipo contradictorio. La vida ascética es una flagrante contradicción; en ella domina un resentimiento sin par, un instinto no satisfecho, una ambición que querría apoderarse de la vida misma, de sus condiciones más profundas, más fuertes y más fundamentales; se emplea gran fuerza para secar el manantial de la fuerza; y hasta se ve la mirada rencorosa y maligna del asceta tornarse contra la prosperidad fisiológica, contra la belleza, contra la alegría; mientras que, por el contrario, busca con el mayor gozo la enfermedad, la suciedad, el dolor, el daño voluntario, la mutila-

ción, las mortificaciones, el sacrificio de sí mismo y todo lo que es degenerado y lisiado. Todo esto es paradójico en alto grado; nos hallamos enfrente de una dualidad y división consciente y querida; la guerra intestina, el dolor íntimo se convierte en alegría y en triunfo. «El triunfo está en la última agonía»: el ideal ascético ha combatido siempre bajo esta bandera; en el símbolo de la agonía halló su luz más pura, su salvación, su victoria definitiva. *Crua, nux, lux*, para él son una misma cosa.

12. Si suponemos que esta voluntad contra natura llega á filosofar, ¿dónde ejercerá su capricho más sutil? En aquello que parece más verdadero y cierto; buscará el error allí donde el instinto de la vida busca la verdad. Por ejemplo, como hicieron los ascetas indios, tendrá por ilusión la materialidad, el dolor y la pluralidad, el «sujeto y objeto», ¡todo esto son puros errores! Negar la realidad del *yo*—¡qué triunfo!—no ya un triunfo sobre los sentidos, sino mucho más elevado; el triunfo violento y cruel contra la razón. Y el deleite llega á su máximo cuando la razón narcotizada decreta: «Hay un reino de la verdad y del ser, ¡pero de allí está excluida la ciencia!»... (dicho sea de paso; en el concepto kantiano del carácter inteligible de las cosas quedan vestigios de esta división ascética de la razón; en efecto, el «carácter inteligible» de Kant, corresponde á un conjunto de cosas, de las cuales el entendimiento alcanza lo bastante para darse cuenta de que son *absolutamente ininteligibles*.)

Sin embargo, como investigadores del conocimiento, no seamos ingratos á los que mudaron por completo los puntos de vista del espíritu humano; al parecer fué una revolución inútil y sacrilega; pero ya de suyo,



el *querer ver* de otro modo que los demás, no es poca disciplina y preparación del entendimiento para su futura «objetividad»—entendiendo por esta palabra, no la «contemplación desinteresada», que es un absurdo, sino la facultad de dominar el pro y el contra, sirviéndose del uno y del otro para la interpretación de los fenómenos y de las pasiones. Guardémonos, pues, ¡oh señores filósofos!, de esta confabulación de las ideas antiguas acerca de un «sujeto del conocimiento puro, sin voluntad, sin dolor, sin tiempo»; guardémonos de las nociones contradictorias «razón pura», «espiritualidad absoluta», «conocimiento subsistente»;—¿qué sería un *ver* subsistente en sí mismo y sin órgano visual, ó un ojo sin dirección, sin facultades activas é interpretativas? Pues lo mismo ocurre con el conocimiento: es una «vista»; y si está dirigida por la voluntad, veremos mejor, tendremos más ojos, será más completa nuestra «objetividad». Pero eliminar la voluntad, suprimir enteramente las pasiones—suponiendo que esto fuera posible—sería *castrar* la inteligencia.

13. Pero volvamos sobre nuestros pasos. Es claro que tal contradicción de la «vida contra la vida» es sencillamente un absurdo, lo mismo desde el punto de vista fisiológico que psicológico. No puede ser más que *aparente*; debe ser una expresión provisional, una interpretación, una fórmula, una adaptación, una equivocación acerca de aquello cuya esencia no se comprende; una palabra, nada más que una palabra, ingerta en una antigua grieta del conocimiento humano. Hagamos constar los hechos: *el ideal ascético tiene su origen en el instinto profiláctico de una vida que degenera*, y que por todos los medios busca la manera de conservarse; es una lucha por la existencia; es el in-

dicio de un agotamiento fisiológico parcial, contra el cual se hacen fuertes los demás instintos de la vida, con artificios siempre nuevos. El ideal ascético es uno de estos artificios; es, pues, todo lo contrario de lo que sus adeptos imaginan; en él y por él, la vida lucha contra la muerte, la vida conserva la vida. Si en tal grado pudo apoderarse del hombre dondequiera que hubo civilización, democratización, resulta de aquí un hecho importante: el *estado morboso* del tipo hombre tal como existió hasta ahora, ó, á lo menos, del hombre domesticado, la lucha fisiológica del hombre contra la muerte (ó, mejor dicho, contra el hastío de la vida).

El sacerdote escético es la encarnación del deseo de lo sobrenatural; este deseo es su fervor, su pasión, su fuerza; y esta *fuerza* es la que le encadena á este mundo, la que le obliga á trabajar buscando condiciones más favorables; esta fuerza conserva la vida de los defectuosos, de los extraviados, de los desgraciados, de los enfermos; él es pastor de todo este rebaño. El sacerdote ascético, este aparente enemigo de la vida, es precisamente quien conserva y afianza la vida... ¿De dónde, pues, tal estado morboso? Porque no hay duda que el hombre es el animal más enfermo, más incierto, más mudable, más inconsistente; es el animal enfermo por excelencia: ¿de dónde le vino esto? ¡Ah! es que provocó al destino é innovó y osó más que todos los demás animales: el gran experimentador de sí mismo, el insaciable, el que lucha para reinar sobre los animales, sobre la naturaleza y sobre los dioses, el indomable, el de porvenir eterno, el agujoneado por la espuela que el porvenir introduce en la carne del presente, el más valiente de los animales, el de sangre más rica, ¿como no había de estar expuesto á enfermedades más largas y más te-



ribles?... Hartas tuvo el hombre: á veces el hastío de vivir fué una verdadera epidemia (como en 1348, en los tiempos de la danza macabra); pero este mismo hastío, este cansancio, estalla con tal fuerza, que la misma fuerza se convierte en vida. Esta negación de la vida se convierte en afirmaciones delicadas: y cuando se *hiere* á sí mismo éste soberano destructor, destructor de sí mismo, es la herida la que le obliga á *vivir*...

14. Si tan normal es el hombre en estado morboso, tanto más deben estimarse los raros ejemplos de potencia psíquica y corporal, los accidentes felices de la especie humana, y tanto más deben ser guardados del aire infecto los seres robustos. ¿Se hace así?... Los enfermos son el mayor peligro para los sanos; de aquéllos vienen todos los males. ¿Se ha reparado bastante en esto?... Ciertamente no se debé desear que amengüe la violencia entre los hombres; porque esta violencia obliga á los hombres á ser fuertes, y mantiene en su integridad el tipo del hombre robusto. Lo temible y desastroso es el grande hastío del hombre y su gran compasión. Si algún día estos dos elementos se unen, darán á luz irremisiblemente la monstruosa «última» voluntad del hombre, su voluntad de la nada, el nihilismo. Y en efecto, todo está ya preparado para este fin. El que tiene ojos, oídos y nariz, percibe en todas partes la atmósfera de un manicomio y de un hospital, en todas las partes del mundo civilizado, europeizado. Los enfermos son el mayor peligro de la humanidad; no los malos, no las «fieras de rapaña». Los desgraciados, los vencidos, los impotentes, los débiles, son los que minan la vida y empozoñan y destruyen nuestra confianza. ¿Cómo escapar á esta mira-

da triste y reconcentrada de los hombres incompletos? Esta mirada es un suspiro que dice: «¡Ah, si yo pudiera ser otro! Pero no hay esperanza: soy el que soy; ¿cómo podría librarme de mí mismo? ¡Estoy cansado de mí mismo!»... En este terreno pantanoso del desprecio de sí mismo crece esta mala hierba, esta planta venenosa, pequeña, oculta y dulzarrona. Aquí hormiguean los gusanos del odio y del rencor; el aire está impregnado de miasmas desconocidos; aquí se anudan sin cesar los hilos de una conjuración indigna: la conjuración de los dolientes contra los robustos y los triunfantes; aquí se aborrece hasta el aspecto mismo del triunfador.

¡Cuántas mentiras, cuántas mentiras para no confesar este odio! ¡Qué gasto de palabras y de gestos, qué arte en la calumnia! Estos débiles ¡qué torrente de noble elocuencia cae de sus labios! ¡Qué sumisión tan dulce, tan de miel, tan pastosa en sus ojos vidriosos! Por último, ¿qué quieren? *Representar* la justicia, el amor, la prudencia, la superioridad: tal es la ambición de estos seres «inferiores», de estos enfermos. ¡Y qué hábiles los hace esta ambición! Estos monederos falsos imitan maravillosamente el cuño de la virtud y hasta su timbre. Estos incurables monopolizan toda la virtud: «Nosotros somos los únicos buenos, los únicos justos, los únicos hombres de buena voluntad.» Viven entre nosotros, como queriéndonos servir de reprensiones y de advertencias; como si la salud, la robustez, la fuerza, la valentía, la bravura, fuesen vicios que debiéramos expiar amargamente; ¡allí están ellos para hacérsenos expiar, para servirnos de verdugos! Entre ellos hay un buen número de vengativos con máscara de jueces, teniendo siempre en la boca, boca de labios finos, la baba empozoñada que



llaman «justicia», y que están dispuestos á lanzar contra todo aquel que, dotado de corazón ágil y ligero, sigue su propio camino. Ni falta entre ellos esta repugnante especie de vanidosos, abortos embusteros, que quieren representar el papel de «almas bellas», y que lanzan al mercado, revestida de poesía y de otras *fiorituras*, su sensualidad estropeada, adornada con el nombre de «pureza de corazón». Esta es la especie de los onanistas morales que se satisfacen á sí mismos. Su deseo enfermizo de representar la superioridad bajo cualquier forma; su instinto para descubrir los rodeos que llevan á la tiranía de los hombres sanos, ¿no lo vemos en todas partes? En particular, la mujer enferma; ningún ser la sobrepuja en refinamiento, cuando ella quiere dominar, oprimir, tiranizar. Para llegar á su objeto, la mujer enferma no perdona ni á los vivos ni á los muertos; desentierra lo que está más profundamente enterrado; (los Bogos dicen: «La mujer es una hiena»).

Véase lo que pasa en el secreto de todas las familias, de todas las corporaciones y comunidades; por todas partes, la lucha de los enfermos contra los sanos; una lucha casi siempre secreta, lucha de polvos emponzoñados, de alfilerazos, de semblantes astutamente resignados, y á veces revestidos de una hipócrita «noble indignación». Hasta en los sacrosantos dominios de la ciencia, se oyen estos ladridos de estos perros enfermos, el rabioso rencor, el espíritu de mentira de estos nobles fariseos (por ejemplo, este berlinés, apóstol de la venganza, Eugenio Dühring, que tanto abusa del bombo moral; Dühring, el charlatán mayor de estos reinos, incluso entre sus amigos los antisemitas). Hay en estos hombres rencorosos, en estos degenerados, una sed de venganza subterránea,

insaciable, inagotable contra los buenos, ingeniosa en máscaras y pretextos. ¿Cuándo alcanzarán el triunfo sublime y definitivo de esta venganza? Indudablemente cuando logren infundir en la conciencia de los felices su propia miseria; cuando logren que éstos se avergüencen de su felicidad y se digan unos á los otros: «¡Qué vergüenza ser felices en presencia de tantas miserias!»... ¡Pero cuán grande y funesto error sería el de los felices y robustos, si algún día dudaran de su *derecho á la felicidad!* ¡Atrás este mundo al revés! ¡Atrás esta vergonzosa afeminación del sentimiento! Para que los enfermos no contagien su enfermedad á los sanos, es preciso hacer una rigurosa separación. ¿Deberán los sanos ser médicos de los débiles?... No; porque no sabrían este oficio y porque el elemento superior no debe rebajarse hasta ser instrumento del inferior. Los fuertes deben guardarse; su importancia es mayor; ellos son la garantía del porvenir, los responsables de la humanidad. Lo que ellos pueden y deben hacer, jamás lo deberá ni podrá un enfermo; mas ellos tampoco podrían hacerlo, si fueran médicos, consoladores ó «salvadores» de enfermos... ¡Dejad que entre el aire puro, huid de las cercanías de los manicomios y hospitales, tened buenas compañías, ó bien cread la soledad, si es necesario; pero en todo caso, evitad los miasmas! De este modo, amigos míos, nos podremos defender, á lo menos por algún tiempo, de las dos terribles pestes que nos amenazan: *el profundo hastío del hombre y la profunda compasión por el hombre.*

15. ¿Se han comprendido profundamente las consecuencias de no poder los sanos cuidar á los enfermos y curarles? Aparece aquí ya la necesidad del sacer-